

las comunidades cristianas ante el hecho religioso

UN MOTIVO DE ESCANDALO

El hecho religioso ha venido a ser motivo de escándalo y signo de contradicción en los últimos años. Motivo de escándalo y signo de contradicción, por la derecha y por la izquierda, para las personas de mentalidad tradicional y para las gentes que se orientan en un sentido progresista. Y ello es así hasta el punto de que el hecho religioso está actuando, no como fuerza de unión y de encuentro entre los creyentes, sino por el contrario como factor de división y de enfrentamientos bastante desagradables en no pocas ocasiones.

En efecto, todos sabemos muy bien que muchas personas de buena voluntad se quejan y se escandalizan por la falta de religiosidad que se nota en algunos sectores de la Iglesia. Concretamente, a las Comunidades Cristianas Populares se les acusa de un exceso de politización y temporalismo; y de una notable carencia de espíritu religioso. Por eso hay quienes aseguran que las Comunidades Cristianas han deformado la fe o sencillamente carecen de ella. Y si no se llega a tanto, por lo menos se afirma que estas Comunidades viven una fe lánguida y raquítica o quizás una fe alienada en los compromisos sociales y políticos que imponen las circunstancias cambiantes de nuestro tiempo. De ahí, el rechazo y a veces hasta la agresividad que experimentan muchos católicos tradicionales ante las llamadas Comunidades Cristianas Populares.

Por su parte, los miembros de estas Comunidades se quejan también y se escandalizan por la manera concreta de entender y practicar el hecho religioso en grandes sectores de la Iglesia. Dicen que la práctica religiosa no va acompañada, muchas veces, del debido compromiso cristiano a todos los niveles. Dicen que, por consiguiente, esa práctica religiosa resulta alienante, porque de hecho sirve para entretener engañosamente a muchas personas piadosas

tranquilizando su conciencia, cuando en realidad deberían sentir vivamente la inquietud evangélica que a un auténtico creyente le tienen que producir las injusticias que se cometen en nuestra sociedad.

De ahí, la división y el enfrentamiento. Una división y un enfrentamiento cuyas raíces tocan a lo más esencial de la vida cristiana: la comprensión y la práctica de la fe en Jesucristo. Se trata, pues, de algo muy serio. Por eso he dicho antes que el hecho religioso ha venido a ser motivo de escándalo y signo de contradicción entre los creyentes.

Ahora bien, esto nos viene a indicar que el hecho religioso está deformado. O más exactamente se puede afirmar que el hecho religioso se ha adulterado entre los cristianos. Por la sencilla razón de que, hablando en cristiano, la verdadera religiosidad no puede servir para dividir y separar a los hombres, sino para unirlos entre sí. Lo cual quiere decir que cuando la religiosidad divide y distancia a las personas, y sobre todo cuando las enfrenta mutuamente, esa religiosidad es sencillamente un engaño, sin duda alguna el engaño más peligroso que puede sufrir un creyente. Porque bien sabemos que el fervor religioso no es necesariamente una cosa buena. Es más, a veces puede resultar la peor de todas las cosas. Sabemos, en efecto, que por motivaciones estrictamente religiosas, los hombres se han perseguido los unos a los otros, se han odiado, se han matado, se han organizado guerras sangrientas. Y, lo que es más sorprendente desde el punto de vista estrictamente religioso, los hombres se han enfrentado al mismo Dios. En este sentido, San Pablo afirma que los judíos tuvieron un gran fervor religioso, pero un fervor tan mal entendido que, precisamente por eso, no se sometieron al proyecto de Dios (Rom 10, 1-4), se aferraron al hecho religioso tal como ellos lo entendían y justamente por eso asesinaron al Hijo mismo de Dios.

He aquí por qué el hecho religioso es, una vez más, motivo de escándalo y signo de contradicción. Pero escándalo y contradicción en el sentido más fuerte y más radical de esas palabras. Porque no se trata simplemente de que hay almas timoratas que se asustan de algunas cosas que están pasando ahora en la Iglesia. Se trata de eso y de mucho más. Todos sabemos que el hecho religioso ha ensangrentado demasiadas páginas en la historia de la Iglesia y muchas más en la historia de España. Todos sabemos también que la desagradable historia de «las dos Españas» está esencialmente marcada y motivada por la religión. Y muchos españoles de hoy sabemos que las viejas cuestiones de ortodoxia y ortopraxis religiosa, que enfrentaron a nuestros antepasados, son en definitiva las mismas cuestiones que ahora nos siguen enfrentando. Y pienso además que no somos pocos los que sospechamos que todo esto, no sólo nos separa y nos distancia a unos de otros, sino que también nos separa y nos distancia de aquello que

los unos y los otros pretendemos poseer y defender: nuestra relación con Dios y nuestra fidelidad al Evangelio.

Se trata, pues, del escándalo y el enfrentamiento en su sentido más radical. Por consiguiente, bien podemos decir que cuando planteamos la cuestión del hecho religioso y la actitud de las Comunidades Cristianas Populares ante ese hecho, en realidad estamos afrontando una de las cuestiones más serias y más urgentes que, como ciudadanos y como creyentes, podemos afrontar.

¿CANONIZARIAMOS HOY A JESUCRISTO?

No se trata de una pregunta frívola o banal. Pienso que es, por el contrario, una de las preguntas más graves que la Iglesia entera debería plantearse con toda seriedad en este momento. Porque, a fin de cuentas, cuando la Iglesia canoniza a una persona, lo que hace, entre otras cosas, es decirnos que esa persona es un modelo que los demás debemos imitar, si es que queremos ser cristianos como Dios manda. Ahora bien, hoy hay razones más que sobradas para sospechar que Jesús de Nazaret no sería canonizado en nuestros días si su vida, su doctrina y su muerte fueran presentadas en la Sagrada Congregación para el culto divino y para la canonización de los siervos de Dios. Con lo cual no quiero decir que los monseñores y teólogos que trabajan en esa Sagrada Congregación romana son unas personas desorientadas o pervertidas en sus criterios. Lo que quiero decir es que la Iglesia entera se tiene que preguntar si la vida, la doctrina y la muerte de Jesús de Nazaret constituyen de hecho el modelo que cada cristiano se propone imitar.

Conste que estamos hablando en serio. Y es por eso, porque estamos hablando con toda seriedad, por lo que digo que hoy hay razones más que sobradas para sospechar que a lo mejor Jesús de Nazaret no sería canonizado en nuestros días. Lo que es tanto como decir que hoy Jesús de Nazaret no es, de hecho, presentado como el modelo que todos debemos imitar. ¿Por qué?

El Evangelio nos dice que Jesús andaba con malas compañías, que se juntaba con pecadores y descreídos, que era tenido por un agitador, un sedicioso, un pecador públicamente escandaloso, un endemoniado, un blasfemo. El Evangelio nos cuenta además que la doctrina de Jesús provocó indignación y escándalo precisamente entre las personas más autorizadas para enjuiciar una doctrina religiosa, a saber: entre los piadosos observantes, los teólogos, los sacerdotes y los pontífices. Más aún, el Evangelio no dice ni una sola vez que Jesús participara en las funciones religiosas del Templo, ni una sola vez aparece allí rezando, ofreciendo sacrificios, practicando el culto sagrado.

Por el contrario, sabemos que Jesús quebrantó con frecuencia las leyes religiosas de su tiempo, desautorizó a los sacerdotes y a los teólogos, se enfrentó a las autoridades religiosas. Y las cosas llegaron a ponerse de tal manera que aquellas autoridades consideraron que era absolutamente necesario acabar con Jesús, con sus teorías y con sus discípulos. Al final, todo terminó como tenía que terminar: Jesús fue ejecutado entre malhechores públicos y sus últimas palabras fueron el grito de un hombre que se sentía abandonado por Dios.

Ahora bien, ¿puede ser canonizado un hombre que hizo todo eso? ¿puede ser presentado como modelo un individuo al que le han ocurrido tales cosas? Es verdad que el Evangelio nos cuenta también que Jesús pasaba noches enteras haciendo oración, que pasó por la vida haciendo el bien a los pobres, a los marginados sociales y a los enfermos, que predicó un mensaje maravilloso sobre Dios, sobre el amor entre los hombres y sobre el sentido de la vida, la muerte y la eternidad. Todo esto es cierto. Pero, en el fondo, todo esto en realidad lo que hace es radicalizar el problema. Porque cuando nos damos cuenta que en la vida de Jesús ocurrieron cosas tan contradictorias, según nuestra manera habitual de pensar y de proceder, nos vemos obligados a tener que aceptar que nuestros pensamientos y nuestra conducta están seguramente muy lejos de lo que fue la existencia concreta y desconcertante de Jesús de Nazaret. Él, en efecto, fue el hombre que ha estado más cerca de Dios, él ha sido y es la Palabra de Dios, la revelación de Dios, el Hijo de Dios. Y, sin embargo, él fue el hombre que llegó a resultar absolutamente insoportable para la institución religiosa más observante que ha existido en la historia. He aquí uno de los problemas más serios y más radicales que nos plantea, a nosotros los creyentes, la persona, el mensaje, la vida y la muerte de Jesús de Nazaret.

¿Canonizaríamos nosotros hoy a Jesucristo? Me atrevo a decir que no. Porque los cristianos de hoy estamos acostumbrados a pensar y proceder de tal manera, que no nos cabe en la cabeza la idea de canonizar a un hombre que provocó el escándalo y la desobediencia ante la institución religiosa y ante las prácticas sagradas que Dios mismo había establecido para su pueblo.

Nosotros justificamos hoy nuestra manera de pensar sobre este asunto, diciendo que Jesús actuó entonces de aquella forma porque la religiosidad judía y los dirigentes de aquella religión se habían corrompido hasta el extremo y habían deformado el sentido verdadero que siempre debe tener el hecho religioso y la práctica de la religión. Esto quiere decir obviamente que leemos el Evangelio en clave antisemítica, es decir interpretamos la vida y el mensaje de Jesús como un enfrentamiento con el judaísmo de su tiempo. Porque, según decimos nosotros, aquellos judíos eran tan malos, que no pudieron

ni comprender ni aceptar lo que Jesús les decía. Pero es evidente que, al interpretar el Evangelio de esa manera, lo que en realidad hacemos es despejar por la banda una de las cuestiones más serias y más fuertes que el Evangelio plantea ahora y siempre a la Iglesia. Dicho de otra manera: cuando afirmamos que el enfrentamiento de Jesús con la religión de su tiempo no tiene más explicación que la malicia de los judíos, nos estamos haciendo sordos para lo que ese enfrentamiento tiene que decir a los cristianos y a la Iglesia de todos los tiempos. Y en ese caso, nos encontraríamos con que una gran parte de los datos que nos han transmitido los evangelios, no serían una interpelación para la Iglesia. Es decir, más de la mitad del Evangelio no tendría otra significación que el decirnos a nosotros hasta dónde llegó la perversión de los judíos, pero nada de eso sería una palabra dirigida a la Iglesia de hoy, para que también nosotros pensemos si Jesús no tendría que enfrentarse hoy también con la Iglesia y con cada cristiano, precisamente a causa del hecho religioso.

De esta manera, hemos llegado al centro de la cuestión. Y la pregunta que nos hacemos es bien sencilla: ¿en qué sentido se puede decir que Jesús de Nazaret fue la persona más radicalmente religiosa que ha existido en el mundo? Y por tanto, ¿en qué sentido y por qué se enfrentó Jesús con el hecho religioso?

LA INEVITABLE AMBIGÜEDAD DE LO RELIGIOSO

Mucha gente tiene la impresión de que el hecho religioso y la práctica de la religión son cosas bastante claras e incluso suficientemente bien delimitadas: se es religioso o no se es; se practica o no se practica la religión, y basta. La cosa sin embargo, no está tan clara. Ni mucho menos. Y conste que si digo esto, no es por la eterna manía de ver problemas por todas partes. Se trata, por el contrario, de algo muy real, muy objetivo. Porque, querámoslo o no, el hecho religioso resulta una cosa profundamente ambigua, ambivalente y hasta contradictoria. El hecho religioso, en efecto, ha producido actos de un heroísmo ejemplar; y ha causado también tragedias que han costado ríos de sangre; ha humanizado la vida y ha deshumanizado a muchos hombres, hasta el punto de hacer cosas que hoy nos parecen inconcebibles. El día del Corpus de 1535, mientras la procesión del Santísimo recorría piadosamente las calles de París, el rey Francisco primero fué encendiendo con su propia mano veinticinco hogueras, en las que ardieron veinticinco herejes, al paso de su Divina Majestad. ¿Puede haber cosa más ambigua, más ambivalente y, sobre todo, más contradictoria? Y quede claro que aquí ya no se trata de teorías. Ahí están los hechos, que hablan por sí mismos.

Pero vayamos al fondo de la cuestión. Cuando hablamos del hecho religioso, nos podemos referir a dos cosas: 1) a la **relación** del hombre con Dios. 2) a las **mediaciones** que inevitablemente se dan en esa relación. Me explico: sea cual sea la idea que cada uno tenga acerca de lo que es la religión, una cosa es clara, a saber: la religión consiste en la relación del hombre con Dios. Pero Dios no es una cosa como las demás cosas de este mundo, ni es una persona como las demás personas de esta vida. Dios es el Ser Trascendente, es decir Dios está «más allá» de todo lo que nosotros podemos comprender o abarcar. Lo cual quiere decir que nosotros no tenemos con Dios una relación directa o inmediata, sino que toda relación nuestra con el Ser Trascendente tiene que pasar inevitablemente a través de las «mediaciones» por las que Dios se acerca al hombre y el hombre se acerca a Dios.

Un ejemplo nada más. Si una persona se pone a rezar o va a misa, decimos obviamente que esa persona practica la religión. Lo cual no admite la menor duda. Pero es evidente que, en ese acto de rezar o de estar en misa, ocurren dos cosas: 1) que la persona se relaciona con Dios; 2) que se relaciona con Dios por medio de la oración que dice o por medio de la ceremonia religiosa a la que asiste.

Ahora bien, si es cierto que en el hecho religioso se dan siempre las dos cosas que acabo de indicar, entonces resulta lógico hacerse una pregunta elemental: ¿no existe el peligro de que, por lo menos algunas veces, el hombre que practica la religión se quede estancado en la «mediación» y no llegue al «término» de esa mediación? Es decir, ¿no existe el peligro de que, a veces, el hombre religioso se quede estancado en los **medios** para ir a Dios, pero no llegue realmente a **Dios**?

Es casi seguro que más de uno tendrá la impresión de que estas preguntas no son sino elucubraciones complicadas y estériles. Al que tenga esa impresión, yo le diría simplemente que recuerde un texto famoso del profeta Isaías: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí; el culto que me dan es inútil, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos» (Is 29, 13). Jesús utilizó este texto de Isaías para echar en cara a los judíos el engaño en que estaban metidos cuando practicaban con tanta escrupulosidad su religión (Mc 7, 6-7). He ahí un caso patente en el que unas personas practicaban con toda exactitud el hecho religioso, pero a la hora de la verdad resulta que esas personas estaban muy lejos de Dios. Se quedaron en la «mediación», en la plegaria que se pronuncia con los labios, en el culto que se celebra en el santuario, el hecho es que estaban muy lejos del Señor.

He ahí por qué en el hecho religioso se da siempre una ambigüedad inevitable. Y a veces, no sólo una ambigüedad, sino incluso una verdadera contradicción. Porque bien puede ocurrir que el hombre religioso se aferre a la «mediación» (la práctica religiosa) hasta el punto de que eso le impida encontrarse con Dios. Y, lo que es más grave, hasta puede ocurrir que de esa manera el hombre llegue a enfrentarse con lo que Dios quiere, con los designios de Dios y hasta con el mismo Dios. Es el peligro que tiene sobre sí toda persona profundamente religiosa. Es el peligro en el que sucumbió el pueblo judío. Y el peligro en el que puede sucumbir el creyente de hoy y de todos los tiempos.

Un día dijo Jesús a sus discípulos: «Os expulsarán de la sinagoga, es más, llegará el día en que os maten pensando que así dan culto a Dios» (Jn 16, 2). La comunidad de Jesús va a seguir el mismo destino de Jesús y va a tener que sufrir el mismo enfrentamiento (cf. Mt. 10, 24-25). Ahora bien, el destino de Jesús y su enfrentamiento fué, ante todo y esencialmente, con la institución religiosa más observante que ha existido. Y precisamente a causa de motivaciones religiosas. La Iglesia no debería olvidar jamás este planteamiento. Por el contrario, lo debería tener siempre muy presente. Porque cuando eso no ocurre ya en la Iglesia, hay razones más que sobradas para preguntarse si es que seguimos en el recto camino. Y, en todo caso, está claro que con esa cuestión nada más, tenemos el argumento más fuerte que se puede aducir para comprender hasta qué punto el culto a Dios puede llegar a ser la cosa más ambigua y quizás hasta la más peligrosa de este mundo.

LIBERTAD Y MANIPULACION

Pero, en definitiva, ¿cómo podemos saber si el hecho religioso se practica tal y como Dios quiere? ¿en virtud de qué criterios podemos tener la suficiente certeza de que el hecho religioso nos acerca a Dios o, por el contrario, nos oculta a Dios y hasta quizás nos aleja de él?

Desde el punto de vista de la fe cristiana, la experiencia de lo religioso y de la relación con Dios va esencialmente asociada a la experiencia de la libertad. Esto quiere decir que, hablando en cristiano, hay verdadero culto a Dios donde hay libertad. Y esto es así por la sencilla razón de que la relación con Dios sólo se puede establecer por la fuerza del Espíritu, es decir porque el Espíritu de Dios está presente en el cristiano y actúa en él. Lo cual es cierto hasta tal punto que Pablo llega a afirmar que nadie puede decir: «¡Jesús es Señor!», si no es impulsado por el Espíritu Santo (1 Cor 12, 3). Ahora bien, el mismo Pablo asegura con todo vigor que «donde hay Espíritu del Señor, hay libertad» (2 Cor 3, 17). La experiencia de la libertad es tan esencial al hecho religioso como la experiencia de Espíritu. Y eso significa que donde

no hay libertad, no hay Espíritu de Dios. Y por tanto, podemos afirmar que donde no hay libertad, el hecho religioso no nos lleva a Dios, sino que nos oculta a Dios y seguramente hasta nos aleja de él.

Por el contrario, cuando el hecho religioso engendra dominación y manipulación, cuando no es expresión de la libertad de los hijos de Dios, sino instrumento de sutil manejo para dominar y manipular a los demás, entonces podemos estar seguros de que el hecho religioso y la práctica religiosa no nos llevan a Dios, sino que nos alejan de él y hasta nos enfrentan con él. Es el caso, tan frecuentemente repetido en la historia, del uso y abuso que se ha hecho de la religión del pueblo y de los sentimientos religiosos de la gente, precisamente para predicarle al pueblo la resignación anticristiana que mantiene a los dominadores en su posición de privilegio, y a los dominados en su triste condición de miserables de esta tierra. Y quede claro que, al decir estas cosas, no estamos echando mano del fácil latiguillo de la demagogia. De sobra sabemos que las cosas han sido así muchas veces. Y por eso sabemos también que la religión ha sido y sigue siendo desacreditada, ha resultado y sigue resultando intolerable para grandes sectores de la población. Acertadamente se ha hablado, a este respecto, de la «seducción del espíritu»: «el seductor deforma los auténticos impulsos interiores hasta convertirlos en instrumentos de dominación. Personas vulnerables y pueblos indefensos son manipulados para que se vean a sí mismos a través de la imagen reflejada en el espejo distorsionante que les presentan quienes manejan el proceso. Las necesidades y esperanzas del pueblo son hábilmente transformadas en dependencias debilitadoras. Sus dioses y héroes son secuestrados. Sus mismos rituales son deformados y usados para que no se salgan de los cauces establecidos. Las historias inmemoriales de las que han vivido son incorporadas en un nuevo contexto de significados determinado por el conquistador» (Harvey Cox). Y entonces, la libertad del Espíritu se convierte en esclavitud, que actúa con fuerza aplastante sobre las conciencias, engañando a los pueblos y a los individuos hasta hacerles ver que la cosa más importante del mundo es precisamente lo que, en realidad, actúa como instrumento de destrucción y hasta quizás de odio entre unos hombres y otros hombres, entre unos pueblos y otros pueblos, e incluso entre el hombre auténtico y su falsa conciencia alienada.

La ambigüedad, por tanto, se convierte en evidencia, cuando se lee desde la clave que acabamos de indicar. Es decir, cuando el hecho religioso hace a los hombres más libres y más liberadores, cuando les hace tan profundamente buenos que no les deja tolerar ningún mal ni ningún sufrimiento en ellos mismos o en los demás, entonces el hecho religioso es la verdadera «mediación» que nos lleva a Dios, precisamente porque, desde la libertad, nos lleva a los hermanos. Pero cuando, por el contrario, el hecho religioso engendra dominación

de unos hombres sobre otros, cuando genera desgracias y enfrentamientos, el dolor de las conciencias atormentadas y el sudor y la sangre de las persecuciones, entonces es evidente que el hecho religioso no es ya «mediación» entre el hombre y su Dios, sino que se erige en ídolo, el ídolo destructor de la falsa conciencia, que bien puede resultar el enemigo más peligroso de la humanidad.

SIMBOLOS DE LIBERTAD

Pero entonces, si el hecho religioso y las prácticas de la religión entrañan tanta ambigüedad y, sobre todo, tales peligros, ¿cómo hay que entender, en concreto, la práctica religiosa? O dicho de otra manera, ¿qué sentido debe tener para un creyente la celebración de los sacramentos?

Las experiencias fuertes y fundamentales de la vida humana se expresan por medio de símbolos. El amor y el odio, la alegría y el sufrimiento, la libertad y la dependencia, la esperanza y la desesperación, esas experiencias y tantas otras, similares a ellas, sólo pueden ser asumidas adecuadamente por la conciencia del hombre y expresadas ante los demás mediante gestos simbólicos. Por eso, cuando queremos a alguien, nuestras palabras tienen espontáneamente una tonalidad concreta, nuestra mirada adquiere una expresividad determinada, y toda nuestra persona se manifiesta de tal manera que el otro capta y percibe algo que las solas palabras no pueden decir. El niño que está en brazos de su madre no entiende de palabras ni de ideas, y sin embargo percibe el cariño y la ternura, porque los símbolos del amor (las caricias, los besos, el calor del contacto humano...) actúan como vehículos de la relación que se establece entre dos personas que jamás se podrían comunicar a base de intentar utilizar las posibilidades limitadas que implica el discurso racional y el lenguaje que es propio de ese tipo de comunicación.

No me voy a detener a explicar aquí en qué consiste la estructura del símbolo y su razón de ser en la experiencia humana y en la comunicación entre las personas. Pienso que con las sugerencias que acabo de hacer basta para caer en la cuenta de una cosa que me parece fundamental, a saber: si la fe cristiana comporta experiencias muy fundamentales en la vida de una persona, no tenemos más remedio que aceptar que la fe en Jesucristo se expresa, no sólo mediante un determinado tipo de conducta, sino además mediante unos determinados símbolos. Por eso, un cristiano auténtico es una persona que se comporta de una manera determinada, es decir un cristiano auténtico es una persona que asume como norma de su propia conducta lo que fué la conducta de Jesús. Pero eso sólo no basta. Porque comportarse evangélicamente supone siempre vivir las experiencias de amor, libertad y esperanza que nos presenta el Evangelio. Y supone, además, vivir esas

experiencias, no en solitario y aisladamente, sino en comunión con otras personas, dentro del grupo cristiano, en la comunidad de la fe, que es la Iglesia. Ahora bien, cuando una persona tiene experiencias de este tipo, es indudable que esas experiencias se expresan simbólicamente. Por eso hay sacramentos en la Iglesia. Es decir, por eso la Iglesia es no sólo la comunidad de los creyentes que se comportan de acuerdo con el Evangelio, sino además la comunidad humana que expresa sus experiencias más fundamentales mediante los símbolos de la fe. Y sabemos que esos símbolos de la fe son nuestros sacramentos.

Esto quiere decir, ante todo, que los sacramentos no son rituales religiosos que producen automáticamente unos efectos salvíficos determinados. Un ritual religioso se puede ejecutar con toda exactitud, cumpliendo al detalle las normas que exige el ritual, pero se puede hacer todo eso de tal manera que los gestos rituales no tengan nada que ver con la experiencia real que vive el sujeto. En tal caso, tendríamos el ejemplo cabal de una práctica religiosa fielmente observada, quizás por motivaciones que tienen bastante que ver con la magia, con el miedo o con las represiones subconscientes que vive la persona a niveles profundos. Y es casi seguro que cuando pasa eso, se trata de una persona alienada por el hecho religioso, en el peor sentido de esta expresión, tal y como antes lo hemos intentado explicar. No nos debe sorprender entonces que aquellas personas que no entienden de eso, por la sencilla razón de que no están alienadas de esa forma, tales personas no le encuentren sentido al ritual religioso o incluso experimenten una alergia acusadísima ante las prácticas sacrales que se les quieren imponer. Quizás la resistencia y el rechazo que sienten muchos jóvenes ante lo religioso tenga bastante que ver con lo que acabo de decir.

Pero hay algo que es más importante en todo este asunto. Si hemos visto que los sacramentos son los símbolos de la fe, y si sabemos, por otra parte, que los símbolos son la expresión de nuestras experiencias más fundamentales, entonces podemos y debemos concluir que solamente se celebra un sacramento verdadero y auténtico donde hay experiencia de fe. Ahora bien, la experiencia fundamental y esencial de la fe cristiana es la experiencia del amor, porque el amor es el don supremo (1 Cor 13, 1-13) y el fruto primordial del Espíritu (Gal 5, 22). Pero, una vez más debemos recordar aquí que «donde hay Espíritu del Señor, hay libertad» (2 Cor 3, 17). De donde resulta que sólo donde hay amor y donde hay libertad auténtica, hay un auténtico sacramento. Y, por otra parte, de lo dicho se sigue también que donde hay amor cristiano y donde hay libertad, la libertad de los hijos de Dios, ese amor y esa libertad se realizan y se ponen de manifiesto, no sólo en la entrega y en el compromiso por la causa de la libertad en el mundo, sino además en la celebración de los símbolos del amor y de la libertad que son nuestros sacramentos.

Los sacramentos son, pues, los símbolos de la libertad. Y por consiguiente, donde no hay libertad, se podrán celebrar rituales religiosos que tranquilizan falsamente las conciencias, pero no se podrán celebrar los auténticos símbolos de la fe. Esto quiere decir que donde no se lucha por la liberación interior de cada persona, y donde no se lucha también por la liberación de todos a todos los niveles, las prácticas religiosas no pasarán de ser el uso y el abuso de la «seducción del espíritu», es decir no pasarán de ser el uso y el abuso de la alienación religiosa del pueblo. Pero, por otra parte, de lo que acabo de decir se sigue también que donde hay verdadera fe en Jesús, hay libertad. Y donde hay experiencia de libertad, hay celebración de los símbolos de esa libertad.

¿QUE EXPRESAN NUESTRAS COMUNIDADES?

He aquí la pregunta esencial del momento: ¿Qué expresividad tienen nuestras comunidades cristianas? ¿qué expresan hoy en nuestra sociedad atormentada y frustrada desde tantos puntos de vista? ¿qué expresan concretamente ante las personas más estrechamente vinculadas a la religiosidad tradicional?

Cuando la gente se quiere, eso se nota. Y se nota, porque la experiencia del cariño tiene por sí misma una expresividad inconfundible. Se trata siempre de la expresividad de una experiencia que no tiene más remedio que notarse desde fuera, porque es una experiencia que se asoma a las miradas, a los gestos, y a todo el conjunto de símbolos que brotan espontáneamente de la persona enamorada y de la gente encariñada con otras personas. Por eso, todo el mundo nota cuando está rodeado de amor y libertad, o cuando está oprimido por el egoísmo y la dominación de los demás.

No voy a insistir más en este punto. Pero sí me parece esencial en este momento llegar hasta las últimas consecuencias de todo lo que hemos explicado. El amor cristiano y la libertad de los hijos de Dios tienen también sus símbolos propios. Esos símbolos son nuestras celebraciones sacramentales: nuestros bautismos, nuestras eucaristías, nuestras celebraciones penitenciales. Y también nuestra oración, cuando damos de mano a todas las cosas y a todos los afanes secundarios, para concentrarnos en aquello que es el fondo mismo de la vida, el corazón de la existencia.

Ahora bien, es un hecho que las Comunidades Cristianas Populares no se distinguen, en muchos casos por lo menos, por el hecho de ser grupos de cristianos que celebran gozosamente, asiduamente, en los símbolos sacramentales, el amor y la libertad que caracterizan a los creyentes en Jesús. Esto quiere decir que muchas comunidades tienen quizás un problema muy serio por resolver. Se trata, en definitiva, del problema mismo de la fe. Porque

si algo ha quedado claro en todo lo que hemos dicho hasta aquí, es que la fe se expresa en la experiencia del amor y de la libertad. Pero donde hay experiencia, hay expresión simbólica de esa experiencia. Lo que quiere decir que, si en muchos casos, hay comunidades que encuentran tiempo para todo menos para celebrar la eucaristía o simplemente para orar, entonces será necesario preguntarse si tales comunidades viven de la verdadera fe o, más bien de otros sentimientos o ideologías, que por más que se parezcan a la fe, en realidad no son la experiencia de quien se ha encontrado con Jesús en la vida.

Pero no se trata solamente de eso. Cuando una comunidad siente viva la fe en Jesús, y la libertad que brota necesariamente de esa fe, tal comunidad no se puede quedar indiferente ante el hecho de la manipulación religiosa que se practica a gran escala todos los días y por todas partes. La libertad liberadora de la fe nos tiene que llevar a tomar las mismas posturas que adoptó Jesús frente a la alienación y a la opresión religiosa que sufre el pueblo. Es muy probable que entonces nuestra suerte sea la misma suerte de Jesús: la incompreensión, la persecución, quizás incluso el escándalo, hasta ser tomados por personas peligrosas o indeseables. Todo eso es inevitable. Es seguramente hasta necesario. Pero con una condición: que la crítica del hecho religioso brote, no de un resentimiento ni de una autosuficiencia, sino del radicalismo de la experiencia religiosa. Quiero decir: el cristiano que critica el hecho religioso debe preguntarse siempre si su crítica brota, no de una alergia ante lo religioso o de una determinada crisis de fe mal superada, sino precisamente de algo que es exactamente todo lo contrario, a saber: la fuerza de un radicalismo religioso, en virtud del cual no queremos tolerar a los falsos ídolos en los que se mistifica con tanta frecuencia la fe, ni estamos dispuestos a soportar que tales ídolos se conviertan en fuerzas camufladas de alienación y de manipulación sobre el pueblo. Jesús criticó duramente a la religión establecida, no porque no estuviera cerca de Dios, sino porque lo estaba más que todos. Por eso, Jesús fué agente de libertad liberadora. Y es evidente que sólo desde tal experiencia, nuestra lucha y nuestros afanes por la libertad tendrán un sentido verdaderamente cristiano. Sólo entonces nuestra actividad, nuestros compromisos y nuestra libertad serán la expresión inequívoca de la fe que nos sostiene y nos empuja.

José M. Castillo